2º apunte Dup

Cocat

El Vestido de baile

FRANCISCO GARCIA CARRIÓN
1 MAR 1902
EMPRESA

8

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elvestidodebaile02coca

Gregorio Ca

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL VESTIDO DE BAILE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1900

A mi muy querido amigo el notable primer actor y Director Francisco García Ortega.
Recuerdo cariñoso de su siempre affmo
Luis Locat

El vestido de baile

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5004.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VESTIDO DE BAILE

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 5 de Abril de 1900, por la compañía cómico-dramática de **María A. Tubau**

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Srta. D.ª Enriqueta Palma.
JACINTA	Gloria Milian.
CARLOS	Sr. D. Luis Reig.
FELIPE	Pedro Vázquez.

La escena en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, la del espectador

FRANCISCO GARCIA ORTIZ
10 DIC 901

ACTO ÚNICO

Sala lujosamente amueblada y decorada. Puerta al fondo y laterales de la derecha. Balcones á la izquierda. Una lámpara sobre un velador ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y JACINTA

Matilde, elegantemente vestida de bata, sentada junto á una mesita, apura á sorbitos una taza de café. Jacinta, de pié junto á ella

JAC. La señorita va á pasar una noche deliciosa.

MAT. Así lo creo, pero ya ves, como que desde que me he casado no he vuelto á un baile, de tal modo he perdido la costumbre de trasnochar, que por previsión tomo esta taza de café para estar bien despabilada.

JAC. Estoy segura que no será de sueño de lo que vuelva usted rendida, sino de bailar. Entre el señorito, y los amigos del señorito, no la van á dejar á usted en toda la noche. Pues, si no, ¿á qué va una?

MAT. Tú sí que te vas á despachar á tu gusto.

JAC. No lo crea usted; y bien que lo sentiré. Porque ya me lo ha advertido mi novio; que en el baile de Escritores y Artistas no se baila; pero como mi afán es ver el teatro Real una noche de baile, pues sentaditos allá arriba disfrutaremos lo que se pueda.

722815

MAT. Te gustará. Que no se te escape delante del señorito que te he dado permiso.

JAC. No, señorita; pierda usted cuidado.

MAT. ¿Y tu novio, es formal?

JAC. Hasta ahora no tengo queja.

MAT. ¿Hace mucho que estais en relaciones?

JAC. Ya lo creo; lo menos .. cerca de tres meses.

MAT. (Sonriendo.) ¿Y le habrás visto en ese tiempo seis ú ocho veces?

JAC. Una cada quince días; los que me tocan de salida.

MAT. ¿De modo que le conocerás muy á fondo?

JAC. Diré á usted. El ya me ha contado ce por be lo suficiente para que yo comprenda que es un chico de ley. Además es de Madrid, y á los de aquí se les ve venir de una legua.

MAT. ¿Sí, eh?

JAC. Sí, señorita. Y ahora que viene á vivir en el piso de abajo, excuso decir á usted que me le voy á saber de memoria.

MAT. Con tal de que no pierdas la tuya y te distraigas y olvides tus quehaceres. Lo sentiría por tí.

JAC. No, señorita. La obligación es lo primero. Y él tiene un amo que, aunque le aprecia, es severo, según me ha dicho: ¡y la ordenanza por delante!...

MAT. ¿Es militar?

JAC. Sí, señorita; verá usted. El es capitan de artillería, soltero, y Felipe, mi novio, está de asistente suyo por recomendaciones que sacó para que le rebajasen del servicio y no tuviera que ir al cuartel ni salir de Madrid. Y está mejor que quiere, porque hay cocinera y no tiene que ocuparse más que del señorito, de su ropa, cuidar la casa. . Por supuesto, que para asistente como los demás no hubiera servido. El es un chico... vamos, fino. Antes de caer soldado estaba en eso de la curia, y como listo lo es; en fin, hijo de Madrid.

MAT. Vaya; está visto que á tí, siendo hijos de Madrid...

JAC. Me echan la sal en la mollera. ¡Ay! usted perdone, señorita.

MAT. No hay por qué, mujer. (Riendo.) ¿De modo que esos son los nuevos vecinos del entresuelo?

JAC. (Asintiendo.) El señorito se ha ido á Segovia mientras Felipe le hacía la mudanza. Puede que venga ya mañana, y por eso aprovechamos esta noche para ir á ver el baile del Real.

MAT. (Se levanta.) Bueno. Voy á prepararme yo también para el de la Embajada. El señorito no tardará ya en llegar. Ahora te llamaré para vestirme.

JAC. Bien, señorita. (Vase Matilde por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II

JACINTA y á poco FELIPE

JAC. (Recogiendo el servicio en una bandeja.) Es muy buena la señorita. Si no fuera porque Felipe quiere que nos casemos en cuanto tome la licencia, sería su doncella toda la vida

FEL. (Asomando por la puerta del fondo.) ¡Psit... ¿Estás sola? (Avanza. Trae un envoltorio.)

JAC. Felipe. Hombre, todavía no es hora.

FEL. Ya lo sé, mujer. Es que te traigo aquí una prenda que te va á estar de rechupete.

JAC. ¿Qué e ?

FEL. Un mantón de Manila que da la hora. (Lo saca del envoltorio, y un antifaz.) Mira, para que lo lleves al baile; y careta y todo.

JAC. Pero, ¿de dónde sacas tú eso? ¿Lo has alquilado?

FEL. ¿Alquilado?... ¡De ganas! Me lo ha dejado una fiadora, que me debe más favores de las Salesas que pelos tiene en la cabeza. Y te advierto que gasta un moño que ni la Cibeles.

JAC. Pues, mira, es una lástima.

FEL. ¿Que tenga tanto moño? Pues, mira, se lo tengo dicho yo también; porque las veces

que la han agarrao de él y han tirao á su gusto las *socias*...

JAC. No, hombre, si no lo digo por eso. Digo que es lástima el pañuelo, porque lo que voy á lucirle metida en el anfiteatro...

FEL. ¡Que te calles! Vamos, ¿tú me has tomao á mí por un *pipi?* Bajaremos al salón y alternaremos con la *goma*, que te conste. Tú con este mantón, y en la cabeza el pañuelo de seda á las finas hierbas que te regalé... ¡Una señora! Y menda, un caballero, desde los pies hasta el pelo.

JAC. ¡Ay, me lo vas á hacer creer!

FEL. A ver. Yo voy de frac y de clac.

JAC. ¿De máscara?

FEL. (Dándole un empujón.) ¿Te vas á quedar conmigo tú ahora? Guasona. Yo me plantifico esta noche la ropa de etiqueta de mi capitán, y me rizo el pelo, y hago que me engarabiten las guías, (Levantándose las del bigote.) y, ¡á ver! ¡Cualquiera nos conoce en el baile del Real!

JAC. Nadie. Eso de fijo.

FEL. Ya verás tú luego esta personita y sabrás con quién te gastas el dinero. Lo menos te has figurao tú que yo soy un *sorche*. Me he criao yo en muy buenos pañales; como que se me figura que estoy viendo á mi madre cuando me liaba en ellos. Y me decía: «¿Pa quién son estos pañales de batista bordada con vainica y fleco? Pa mi Felipe, rico.» Ni un marqués, te digo. En fin, tú me verás luego.

JAC. Bien, hombre, bien. A mí ya sabes que así y de cualquier manera...

FEL. Pero debes distinguir, y si no aprende, que eso viste mucho en la persona. (Suena campanillazo dentro.)

JAC. Me llama la señorita.

FEL. Pues alza.

JAC. En cuanto se vayan...

FEL. Aquí estaré, y salimos pitando.

JAC. Pues hasta luego.

FEL. Abur. (Va hacia la puerta del fondo y vuelve.) ¡Ah! Que te lleves un par de *chulés*.

JAC. Descuida, hombre.

FEL. Es para un por si acaso nada más, ¿sabes?

JAC. Sí, hombre, sí. Adiós. Vete por la escalera interior, ¿eh?

FEL. Pues, ¿por dónde he venido?

JAC. Es que te podías tropezar con el señorito.

FEL. Pues no le hubiera dicho ni «buenas noches.» No le conozco todavía. (Vase por el fondo derecha.)

JAC. No, y lo que es la ropa le debe caer bien, ya lo creo. Pues yo con este mantón... voy á tener que ponerme una falda de seda negra... ¡Claro! la de la señorita. (Suena de nuevo la campanilla dentro.) Voy, señorita. (Éntrase por la primera puerta derecha, dejando el lío del pañuelo en una silla de al lado.)

ESCENA III

CARLOS, luego JACINTA

CARLOS (Entra de macferland y smocking, mirando su reloj.) Las once en punto. Ya sabía yo que llegaría antes de que mi mujer estuviese vestida. ¡Y lo que faltará todavía! (Se acerca á la puerta y llama.) Soy yo, Matilde. ¿Estás ya? (Escucha.) ¿Todavía no? Date prisa. Son las once, y ya sabes que á las doce el Embajador se retira á sus habitaciones y deja á sus agregados el cuidado de recibir á los invitados que se rezagan, y lo que yo quiero es saludarle, y, sobre todo, presentarte. (Hace intención de abrir.) ¿Que no entre? (Escucha.) ¿Que quieres darme la sorpresa? ¡Hola! Eso me agrada; una sorpresa.. Tengo la seguridad de que estarás divina en traje de baile. (Escucha.) ¿Tú también la tienes? Ea, me alegro. (Pausa.) Pues no puedes tener idea de la emoción que siento esta noche... (Escucha.) ¿Por qué? ¿Y tú me lo preguntas? Pues porque te llevo por primera vez al baile después de cuatro meses de casados... (Escucha.) ¿A ti no te emociona? Bien; no tiene nada de particu-

lar... En muchas circunstancias de la vida, la mujer juzga las cosas de diferente manera que el hombre, y me atrevería á asegurar... (Escucha.) ¿Que te deje en paz? ¡Ja, ja!.. (Escucha.) ¡Ah! ¿Se distrae tu doncella con mi charla y te pincha sin querer? ¿Ves? Si yo estuviese en su lugar, apuesto.. (Escucha.) Bueno, ya me retiro; pero no tardes demasiado. (Mira por el ojo de la cerradura un instante.) Te advierto que no he mirado por el ojo de la cerradura... No, no te retires; Jacinta te tapa... (Se retira. Se quita el abrigo y se sienta luego.) ¡Y que no es complicada la *toilette* de la mujer! Hasta que se pone el último lazo y sus veinticinco alfileres tiene uno tiempo de vestirse y desnudarse de mañana, de paseo, de *soirée* y... de aburrirse soberanamente aguardando. (Enciende un cigarrillo.) Esto es lo que me pone de mal humor. Si no fuera por el interés que tengo en asistir á la invitación de la Embajada... si no necesitase hacerme presente por razones de mi carrera, con cuánto mejor gusto pasaría la noche con Elena; no, con Matilde. Con Matilde.. Ella sí que va á disfrutar Y yo, ¡qué diantre! Poco orgulloso que voy á hacer mi entrada llevándola del brazo... Porque vale más que Elena, ¡ya lo creo! (Sale Jacinta, y cogiendo el lío, vase por el foro.)

JAC. Ya está la señorita. Ahora sale.

CARLOS Gracias á Dios. (Se arrellana bien en la butaca.)

ESCENA IV

MATILDE y CARLOS

CARLOS Vamos á ver la sorpresa. Ese traje que no ha querido que vea hasta el momento...

MAT. (Saliendo elegantemente ataviada en traje de baile muy descotada, y visiblemente satisfecha de sí misma. Carlos la contempla estático.) Aquí me tienes. Y ahora, maridito, véame usted, contémpleme... ¿Estará satisfecho, orgulloso de su

mujercita? ¿No tenía razón al decirte... que te daría la sorpresa?

CARLOS (Saliendo de su estupor, se levanta, da unos pasos hacia ella y se detiene.) ¡Pero... estás tremendamente de-cotada!... Eso es una exageración...

MAT. ¡Exageración! No lo creas.

CARLOS Si estás... medio desnuda de cintura arriba.

MAT. Pero hombre: tú sí que exageras. La moda...

CARLOS ¡Ah! ¿La moda es... descubrirse de ese modo?

MAT. Pero Carlos, no comprendo tu asombro. ¿No has ido nunca á un baile?

CARLOS Ya lo creo que he ido, á muchos. Extraño que me lo preguntes, cuando en un baile fué donde te ví por primera vez, y... no iba tan descotada, ni mucho menos.

MAT. Claro que no; como que entonces era soltera.. y una muchacha soltera no se viste como una casada. Si á eso vamos, ¿querrás entonces también que me quite estos diamantes? (Por los que lleva en las orejas.) Porque cuando nos conocimos no llevaba más que unas perlitas en mis orejas.

CARLOS Dejemos á un lado tus orejas.

MAT. Claro; como que no pienso colocármelas delante. (Chanceando.)

CARLOS Ah, si lo tomas á broma... Pues te hablo en serio; y muy en serio te aseguro que estás muy descotada. (Breve pausa entre ambos.)

MAT. (Como armándose de paciencia.) ¿Hasta que punto? Vamos á ver.

CARLOS Hasta el punto de que se te ve demasiado la espalda, y por delante hasta el punto... precisamente hasta *el punto de vista* que no debe ver nadie.

MAT. Mira, Carlos, créeme que me estás dando un mal rato. Yo que estaba tan contenta pensando en el baile.. por mi traje. Yo que creía que me encontrarías... encantadora, así, clarito.

CARLOS Y tan encantadora como te encuentro...

MAT. Tú dirás lo que quieras; pero lo que es mi modista sabe lo que se hace. Como que es la que viste á la de Luna y á la de Briada.

CARLOS Ah, entonces...

MAT. Ayer mismo me lo decía: «Le hace á usted un cuerpo, admirable.»

CARLOS ¿Sí, eh?

MAT. «Un cuerpo ideal. No tiene más que un pe»queño defecto. El único defecto de la coraza es...»

CARLOS ¿Coraza? ¡Qué cosas dicen las modistas!

MAT. «Sí, es el descote. Si usted me hubiera dejado, lo podía haber bajado aún un si es no es..»

CARLOS (Burlón.) ¿Y no la has dejado?

MAT. No; y ahora lo siento. (Mirándose al espejo.) Un dedito más y estaría más gracioso...

CARLOS ¡Más gracioso!...

MAT. De seguro que la de Luna lo lleva tres dedos más abierto, y eso sin contar el *ruché*. Porque te apuesto ahora mismo que ella no lleva *ruché*.

CARLOS Hará bien. Yo que ella, ni coraza.

MAT. ¡Hombre, eso si que es ya exagerar demasiado! En fin, lo que te digo, es que sabes muy bien, que si yo temiera ni tanto así parecer chocante con este traje, aquí mismo, en el acto, me desnudaba.

CARLOS (Tomándola las manos.) ¿De veras? Pues te lo ruego: cambia de traje.

MAT. ¿Pero, eso es una manía?

CARLOS No; una súplica

MAT. Pues no valía la pena de haberme ocupado tres semanas del dichoso vestido. «Quiero que te admiren todos;» me has dicho cien veces: «Hazte un traje que te realce; quiero »que estés hermosa, elegante, guapa...» Y yo no he podido hacer más, te he obedecido... ¡y ahora no te parece bien! ¡Ay, Carlos; me estoy recelando que esto del descote no es más que un pretexto, y que en el fondo hay algo que no sospecho que pueda ser; pero que es algo!... ¡Vaya si es algo!... (Se sienta compungida llevándose á los ojos el pañuelo. Carlos se acerca y se sienta á su lado mimoso.)

CARLOS Vamos, Matildita...

MAT. Déjame. Mientras no te convenzas de que no estoy exageradamente descotada...

CARLOS Pero si estoy convencido.

MAT. (Transición rápida.) Ah, ¿sí? Pues entonces, vamonos. Toma. (Se levanta, toma el abrigo y se se dispone á marchar, dándoselo á Carlos para que se lo eche en los hombros.)

CARLOS Pero...

MAT. No, si me basta. Yo te perdono el mal rato, lo olvido. Nada; ya no me acuerdo. Anda, que se hace tarde. (Carlos sigue con el abrigo en la mano.)

CARLOS Matilde...

MAT. ¿Pero todavía?...

CARLOS (Rodeándola con el brazo la cintura.) Tú sabes cuánto te amo...

MAT. Mucho, muchísimo, sí. Mira que no vamos á llegar á tiempo.

CARLOS (Reteniéndola y siguiendo su idea.) Te idolatro... y cuando así se ama .. los celos...

MAT. Ay, no te comprendo.

CARLOS (Sugestionándola.) Sí, tú me comprendes... vas á comprenderme en seguida. En ese baile, donde vamos á presentarnos por primera vez en sociedad desde nuestra boda, todas las miradas van á fijarse en tí, y no me cabe la menor duda de que mañana se hablará de ti en todas partes.

MAT. Bien, ¿y qué? Hablarán bien, es de suponer. Y esta misma noche...

CARLOS Desde luego; como que ya me figuro estar oyendo al personal de la embajada, por de pronto: «¿Has visto la de Bercedo?—Sí, chico.—¿Y qué te parece?— Echando un beso.) ¡Hasta allí!—¿Has reparado? (Señalándose el busto.) ¡Maravilloso!—¿Y los brazos?—Una delicia.—¿Y.. el cuello?—¡El delirio!

MAT. Bueno; ¿y tú no quieres que digan de mí nada de eso?

CARLOS No, no lo quiero. Dime que soy un tonto, un estúpido, que mis celos son una niñada, todo lo que quieras; pero así como tengo mi orgullo en poseer una mujer que pasa... por bonita, sentiría parecer el marido de una mujer que quiere hacerse notar. Y, francamente, yo encuentro en tu atavío no

sé qué de .. provocativo. (Matilde se mira de nuevo al espejo.)

MAT. (Justo, lo que yo le decía á la modista, y ella erre que erre)

CARLOS (Creo que la convenzo. Remacharé.) De la manera de presentarse en sociedad una recien casada depende el juicio que se forma de ella, y que no se rectifica luego fácilmente. Basta para juzgarla los detalles de su atavío; si te abrochas hasta aquí (Señalandose á la garganta.) ó te desabrochas más de lo regular, ya estás juzgada, no hay apelación; eres coqueta, se acabó. Ya puedes adorar á tu marido y ser la más honrada de la tierra... eres coqueta, y lo serás siempre. Y yo, quiero decir, el marido, ya está aviado. Todo cuanto progrese por su trabajo, por su inteligencia, dirán que á su mujer lo debe; y no dará un paso afortunado en su carrera, ni dará un codillo en el tresillo sin que todos digan por lo bajo:—Claro, es el marido de la *requetebarbianísima* fulana... Matilde, te lo suplico, cámbiate de traje.

MAT. ¿Te empeñas? ..

CARLOS No, te lo suplico. Anda, mientras, yo me pondré el frac.

MAT. Carlos... eres un egoista, pero no te quiero contrariar. (Llama al timbre. Mirándose al espejo una vez más, entra en su gabinete.) (Sí, tiene muchísima razón.)

ESCENA V

JACINTA, CARLOS

CARLOS Pobrecilla. Ella sí que está contrariada... (A Jacinta que entra por el fondo.) La señorita te llama. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

JAC. ¡Ay, Dios mío! ¿Se nos habrá aguado la fiesta? Se me figura que el señorito ha puesto la misma cara que pone las noches que tiene que volver á pasárselas trabajando con el ministro. ¡Con el ministro!... ¡Sabe Dios!... (Éntrase en la primera puerta derecha.)

ESCENA VI

FELIPE, luego CARLOS

FEL. (Asomando con cautela por el fondo. Viene transformado en traje de frac, etc.) ¿Se habrá ido ya? ¿Dónde estará esa metida? (Avanzando ve el espejo.) ¡Je! Y que no hace la ropa negra, máxime cuando es de etiqueta Es que me está pintiparada; y luego, como yo tengo este aire de persona de mi propio natural, vamos, que doy el pego. De calzado es de lo que no estamos acordes mi capitán y yo. Me están apretaditas de verdad, (Aludiendo á las botas que lleva puestas y le hacen andar con alguna dificultad.) y me voy á ver negro... para hacerle creer luego que se le habrá achicao el pie. (Escucha hacia el gabinete y se acerca luego á la puerta.) Me parece que oigo... ¡Rediez! ¡Si creo que están ahí todavía! (Corre hacia el balcón primero de la izquierda.) A ver si está el coche.

CARLOS (Saliendo, de frac.) Me parece que he cometido una torpeza.

FEL. (Al ir á retirarse del balcón ve á Carlos, y sorprendido, se queda oculto á su vista entre el cortinaje del balcón.) (¡Anda la orden!...)

CARLOS (entrándose) Porque la verdad es que ya no me iba pareciendo tan exagerado el descote como al principio.. Pero la primera impresión es la que vale .. El caso es que si Matilde no fuera mi mujer.. no me hubiera parecido demasiado descotada. Sin embargo, he creído ver alguna exageración, y la exageración en esa parte, como marido no la debo tolerar. Por encantadora que sea Matilde, no me gusta que lo haga notar á los demás. La belleza de la mujer es para el marido; el resto de los mortales no tiene nada que ver, ni falta que les hace. (Pausa.) Si me hubiera enseñado el figurín, si me hubiera consultado, no pasaría ahora esto.

¡Ya lo creo que está, pero bien! Este invierno la llevo con él al Real; desde un palco, es otra cosa. Así no dirán mis amigos que la escondo de noche mientras me voy por ahí con Elena... Sí; con eso si hay algún imbécil mal pensado que imagine si Matilde toma el desquite... ¡Antes ciegue! (Fija la vista hacia el balcón y advierte los pies de Felipe que asoman por bajo el cortinaje, moviéndolos constantemente por el dolor que le producen las botas. Se domina y sigue sentado trémulo, y disimulando lo posible.) ¡Diantre! ¿Qué es esto?... ¿No es una alucinación? (Balbucea incoherentemente frases y sigue á media voz.) Son unas botas de charol... ¡pies de hombre! Ahí hay un hombre oculto... ¡Vive Cristo! ¿Vendrá por Matilde? ¡Ah! (Se levanta airado, pero se repone rápidamente.) ¡Calma, serenidad, y mucha calma! ¡Haré como que nada he visto! Observemos. (Vase hacia la segunda puerta de la derecha por la que desaparece un instante.)

FEL. (Saliendo de su escondite.) ¡Ay, siento el apretao de las botas, hasta aquí! (Señalándose á la garganta.) ¡De buena me he librao!... (Se dirige hacia la puerta del fondo para escapar. Carlos sale y le corta el paso.) ¡A la cocina!... ¡March!...

CARLOS Alto, señor mío.

FEL. ¡A la ord... Servidor de usted. (Haciendo á medias la venia y terminando con un saludo cortés y exagerado.)

CARLOS De mi casa no se sale con la facilidad que usted habrá entrado.

FEL. (¡Ya se vé, ya!...)

CARLOS Necesito saber en seguida con quien estoy hablando, caballero.

FEL. (¿Caballero?... Hay que aplomarse...) Pues verá usted. (Procurando ser correcto en sus maneras y hablando lo más atildadamente posible.) Yo necesitaba ver al capitán Robledo, Frasquito Robledo, que me han dicho que se ha mudado á esta casa, y como vengo de incógnito...

CARLOS ¿Cómo? No comprendo...

FEL. Yo tampoco; es decir, no acierto á explicar-

me cómo me encuentro con usted, que dice que está en su casa.

CARLOS (¡Quiere despistarme!) Naturalmente: y lo que yo quiero saber es quién es usted, repito.

FEL. Ah, el incógnito no me permite.. Ya le he dicho á la muchacha que pasase recado á su amo de que aquí estaba *uno*. Eso, *uno;* y con esta contraseña le basta al capitán Robledo. (Carlos va hacia la primera puerta á escuchar un momento.) (¡Menudo infundio me va saliendo; filigrana pura!)

CARLOS (Volviendo á él.) ¡Basta de farsa! ¿Qué hacía usted ahí oculto?

FEL. ¿Oculto yo? ¡Qué disparate! Lo que hacía era mirar por el balcón la altura, y se me estaba figurando, por cierto, que está esto algo alto para ser el entresuelo. Apuesto que me he equivocado de piso. Por lo que estoy viendo...

CARLOS Señor mío...

FEL. Beso á usted la mano...

CARLOS Comprenderá usted que no tengo yo cara de marido á quien se pueda engañar fácilmente

FEL. (¡Malo, malo!) ¿Pero, quién piensa en eso?

CARLOS Le he sorprendido á usted cuando estaba ahí. Y no miraba usted á la calle, puesto que las puntas de las botas asomaban hacia dentro.

FEL. (¡Anda, y eso que me están cortas!)

CARLOS Se ha escondido usted al sentirme llegar.

FEL. Caballero, usted está perturbado, sí, indudablemente está usted perturbado...

CARLOS Y usted no sale ya de aquí sin que yo sepa quién es, para matarle después... ¡Sí, señor; en cuanto sea de día!... ¡Su nombre! (Carlos va de él hacia la puerta temeroso de que salga Matilde. Felipe, sofocado, se busca un pañuelo por los bolsillos para secarse el sudor.)

FEL. (¡Sudo pez!)

CARLOS ¡Pronto! Acabemos...

FEL. ¡No puedo! El incógnito.. (Al fin se encuentra en el bolsillo interior del frac un pañuelo muy dobla-

dito, y al sacudirlo cae de entre los dobleces una cartita que Carlos recoge presuroso.)

CARLOS ¡Ah, yo sabré!... (Yendo á ver la carta á la luz de la lámpara.)

FEL. (¡Rediez! ¿Qué papel será ese?)

CARLOS (Sorprendido.) (¡Una carta de Elena!)

FEL. (¡Ay, su madre! ¿A ver si comprometo á mi capitán?) Caballero, no puedo consentir... (Queriendo coger la carta. Carlos se lo impide.)

CARLOS Permítame usted. Esta carta me interesa .. se la devolveré á usted; sí, señor, se la devolveré; pero antes tenemos que hablar. Tenga usted la bondad de pasar á mi despacho...

FEL. Pero... (¡Esto se pone feo, caracoles!...) (Carlos le obliga á ir hacia la segunda puerta de la derecha, por la que le hace entrar, cerrando luego con llave.)

CARLOS Entre usted, haga el favor... Así.

ESCENA VII

CARLOS; luego JACINTA

CARLOS (Después de breve pausa, en la que mímicamente expresa su fatigosa emoción, mira hacia el gabinete de Matilde. Se acerca un instante á escuchar junto á la puerta, y al fin se sienta cerca de la luz.) ¡Dios mío! ¿Qué enredo es este? La carta es de Elena, (La mira de nuevo.) no hay duda; su letra y su firma. (Se pasa la mano por los ojos y lee.) «Mi querido Frasquito: Si no me llevas »contigo á Segovia, te juro que rompemos. »Esta noche no vengas, tengo una jaqueca »horrible y me voy á acostar temprano. »Tuya, *Elena*.—Hoy, Febrero, 15.»—Es decir, el jueves. Justo, anteanoche. ¡Traidora! ¿Y cómo tiene éste la carta? Porque éste no es Frasquito... ¡Ah, ese es el capitán que viene á visitar, sí, eso es!... ¿Pero cómo estaba ahí escondido? ¡Ay, mi cabeza es un lío! (Pausa.) Sí, puede ser también; no cabe duda; ¡viene por Matilde! ¡Oh, yo he de saberlo. Y á Elena.. Bah; al fin una vengadora. Disi-

mulemos. (Sale Jacinta y se guarda la carta procurando calmarse. A Jacinta.) ¿Está ya la señorita?

JAC. Sí, señor. (¡Lástima de traje; también me lo hubiera quitado yo!) (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

MATILDE y CARLOS

MAT. (Sale vestida con un elegante traje de tonos oscuros y cuerpo cerrado hasta el cuello y engolado.) Y ahora, ¿estoy á tu gusto?

CARLOS Vaya, tú no tienes términos medios. (Levantándose y paseando ligero y mal humorado.)

MAT. ¿Para qué? ¿Lo que á tí te importa es que no se me vea... *nada* que pueda servir de tema á la conversación mundana? Pues con este cuerpo alto queda *todo* oculto á las miradas indiscretas. Nadie dirá: «¡Hasta allí!» «¡Maravilloso!» «¡El delirio!...» (Procurando imitarle en el tono que le dijo antes.)

CARLOS Pero Matilde, tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

MAT. Acuérdate de lo que me has dicho: «Sentiría »parecer el marido de una mujer (Imitándole.) »que quiere hacerse notar.» ¿Sobre ese punto creo que ahora puedes estar tranquilo?

CARLOS Bien, pero...

MAT. (Volviendo á imitarle.) «Y yo encuentro en tu »atavío no sé qué de provocativo.» (Carlos se impacienta.)

CARLOS Bueno; me ha parecido. Pero he reflexionado después, y... (Cariñoso.) Mira, vuelve á ponerte el traje.

MAT. ¡Estás en tu juicio! Para que se hable de mí mañana en todas partes. Para que te llamen el marido de la *requetebarbianísima* fulana? ¡Pues la hacíamos buena! ¡Tú, casado con una mujer coqueta, debiéndome todos los pasos de tu carrera y los codillos del tresillo!... Nada, nada; con este traje evitamos todo eso. ¿Qué es lo peor que pueden pensar? ¿Que soy contrahecha? ¿Que no tengo

nada bonito que lucir? Bueno; así los ascensos de tu carrera merecerán la opinión general... de que eres acreedor á esa compensación...

CARLOS (Furioso.) Como no digan que si me he casado contigo no habrá sido por amor, sino por tu dote.

MAT. Déjalos decir. Mientras no te vean á tí por ahí entretenido con otra... A mi no me han de ver tampoco Descuida.

CARLOS (¡Ah! Parece intencionada...) Pues ya que llevas la idea á ese terreno, no creas que me asalte el menor asomo de duda respecto á tí; pero tengo mis sospechas, de que algún impertinente te asedia; y que en el baile pudiera aprovecharse para acercarse á tí impunemente, bailar contigo, y que cualquier frase que tú no pudieras evitarle fuese oida. Entonces la maldiciente murmuración dirá: «Hola, pues ya está explicada la causa del retraimiento de ella; que rara vez asiste á reuniones, que apenas va al teatro con su marido... ¡Y para quién se ha ataviado esta noche!...»

MAT. (Que lo ha escuchado al principio sorprendida acaba por soltar una carcajada.) ¡Já... já...! Tienes una inventiva maravillosa. Debías escribir para el teatro... (Poniéndose seria.) O pedir pupilaje en Leganés.

CARLOS Matilde; si fuese cierta mi sospecha... (Fuera de tono.)

MAT. (Parodiándole el tono.) Debias coger á ese hombre en el baile, en la calle, donde le vieras, y matarle.

CARLOS ¡Ah! ¿Conque tú le odias?

MAT. ¿A quién? Ah. ¿A ese? ¡Pues claro, hombre! Como que ahora veo que él es la causa de que yo no estrene mi traje y de que se te hayan ocurrido tantas majaderías.. (Burlona.)

CARLOS ¡Basta de fingimiento! (Se dirige á la puerta segunda, que abre, diciendo á Felipe.) Salga usted.

ESCENA IX

DICHOS, FELIPE.

FEL. (¡Anda con Dios! La señorita.)

CARLOS (A Matilde.) Niégamelo ahora.

MAT. (Aparte.) ¡Pero estás loco! ¿Quién es ese señor? (Carlos la habla aparte, nervioso al principio y dominado luego por lo que ella le replica.)

FEL. (Cabal; este es el señorito. No, pues yo no me descubro, ni á Jacinta; ni á su señorita, que no quiere que se sepa que vamos al baile.)

CARLOS (A Matilde.) Te digo que estaba escondido.

MAT. Ay, Carlos. ¿Será un ladrón de corbata blanca? (Temerosa.)

CARLOS No; ya sé quién es. (A Felipe.) Señor capitán; es inútil que guarde usted ya el incógnito. (Felipe al oirse llamar capitán no puede dominar una sonrisa.)

MAT. Ah. ¿Es el nuevo vecino?

CARLOS ¿Cómo?

FEL. (Tratando de desengañarles.) Dispense usted, señorita...

CARLOS Caballero; es mi esposa. (Serio.)

FEL. Sí, es verdad: dispense usted, señora esposa, digo...

CARLOS ¡Advierto á usted que no tolero!...

FEL. (Vivamente.) Perdone usted, señorito... (Vamos; que me hago un lío!)

MAT. (Riendo.) Es gracioso...

CARLOS ¡Acabemos de una vez! ¿Usted á qué ha venido á mi casa?

MAT. Haga usted el favor de explicarse. Claro, sin misterios...

FEL. ¿Usted me autoriza?... Pues ya lo sabe usted: á llevármela al baile.

CARLOS ¡Vive Cristo!... (Queriendo arrojarse sobre él, Matilde le contiene. Felipe da un salto atrás.)

MAT. (¿Pero, qué dice este hombre?)

CARLOS ¡Por eso se ocultaba! ¡Señora; ya ve usted que en mi misma cara lo confiesa!

MAT. (A Felipe.) ¿Usted sabe lo que ha dicho?

FEL La verdad. Yo no quería descubrírla á usted porque ya me lo había advertido Jacinta; que no quería usted que lo supiera el señor.

MAT. ¡Jesucristo! (Cruzando las manos aterrada.)

CARLOS ¿Esto más? No sé cómo me contengo.

MAT. Es usted un miserable.

CARLOS Calle usted, señora, lo mando. (A Felipe.) Y usted, siga; siga usted, lo exijo. (Matilde cae anonadada en una silla.)

FEL Pues no tengo más que decir. Usted me ha pillado escondido porque creí que ya se había usted *largado* por delante

CARLOS ¡Largado!

FEL. Cabal. Para salir nosotros detrás.

CARLOS ¡Basta! Comprenderá usted que esta situación es insostenible. Nada más tenemos que hablar. Antes de una hora tendrá usted abajo, en su casa, dos amigos míos. ¡Y mañana... mañana quiero matarle á usted!

FEL. (¡Atiza!)

MAT. ¿Un desafío? ¡No faltaba más!

CARLOS ¡Silencio! (A Felipe.) En cuanto á la carta, se la devolveré yo mismo á quien la escribió, teñida en sangre de usted.

FEL. (¡Pues ya escampa!)

MAT. ¡Ay, yo me muero! (Desfallecida y tocando el timbre.)

FEL. Pero, vamos á ver: yo creo que la cosa no es para tanto...

CARLOS ¡Ni una palabra! Esa es la puerta. (Señalándole la del fondo. Entra por ella Jacinta. Al ver á Felipe le reconoce.)

ESCENA X

DICHOS, JACINTA

JAC. Felipe...

FEL. ¡Ay, Jacinta, en qué mala hora para mí nos mudamos á esta casa!

CARLOS ¿Eh?

MAT. (Vivamente al oirles.) Jacinta, ¿este hombre es tu novio?

JAC. Sí, señorita. (Acercándose á ella.)

CARLOS ¡Cómo! No entiendo (Perplejo mira á Jacinta y Matilde y á Felipe alternativamente.)

JAC. (Bajo á Matilde.) Es de su amo. (Siguen hablando aparte.)

FEL (¿Qué apostamos á que todavía no salgo yo de aquí sin dos punteras?)

JAC. (Bajo á Matilde.) Sí, para llevarme al Real.

MAT. Ay, Carlos. Ya está aclarado todo. ¡Válgame Dios y qué digusto me has dado!

FEL. (¡Lo dicho, ahora es cuando se descubre el pastel!)

CARLOS Matilde... Si no te explicas...

MAT. Este hombre no es el vecino, ni es capitán. (Carlos le mira.)

FEL. Ni Cristo que lo fundó.

MAT. Es el novio de Jacinta. Y un simple asistente.

FEL. Más simple que el cerato...

JAC. Sí, señorito. (Carlos mira á Jacinta.)

MAT. Disfrazado así, porque va al baile del Real con Jacinta. La dí permiso sin que lo supieras y ha subido á buscarla.

FEL. (¡Y cualquier día repito la suerte!)

CARLOS Y usted, ¿por qué no me lo ha dicho claro?

FEL. A lo primero, por no descubrir á la señorita; pero últimamente, bien claro lo he dicho.

CARLOS Vamos... Me reiría si tuviese ganas

FEL. Pues yo, crea usted que tampoco me atrevo á tenerlas. Con el susto que tengo dentro del cuerpo, y el quererme usted matar mañana temprano, amén de lo que me aprietan las malditas botas estas, que son las que me han denunciao.

CARLOS Hombre, vaya usted con Dios. Y que no vuelva á verle en mi casa.

FEL. (Ni ganas.)

JAC. Señorito, perdónele usted. Es buen chico; hijo de Madrid.

CARLOS Anda, anda; está perdonado. Y tú también.

FEL Pues á la orden de ustedes. (Cuadrándose y haciendo la venia.)

MAT. (¡Gracias á Dios!)

CARLOS Aguarde usted. (Llevándole aparte.) ¿Entonces el capitán?..

FEL. Es mi amo; mañana vendrá de Segovia á vivir abajo, en el entresuelo.

CARLOS ¡Ah! ¿y se llama?...

FEL. Don Francisco Robledo; Frasquito... el que le dije á usted antes.

CARLOS Ya. (Dándole unos golpecitos en el hombro.) Muchas gracias.

FEL No hay de qué. Pero...

CARLOS ¿Qué?

FEL. No le diga usted nada.

CARLOS No.

FEL. Y... (Receloso.)

CARLOS ¿Qué?

FEL. ¿La deja usted ir al baile? (Por Jacinta.)

CARLOS Sí, hombre.

FEL. (A Jacinta y corriendo hacia la puerta.) ¡Pues abajo te aguardo! (En la puerta.) Muy buenas noches, señores. (Vase seguido de Jacinta.)

ESCENA FINAL

MATILDE y CARLOS

CARLOS Ahora es cuando podemos reirnos los dos, pero de mí.

MAT. ¡Verdaderamente! Ya ves lo que es ofuscarse; antojársele á uno los dedos huéspedes... Esta noche has estado fatal, Carlos.

CARLOS Lo reconozco, Matilde; pero ese imbécil...

MAT. ¡Bah! ¿Tiene él también la culpa de que me hayas hecho cambiar de traje?

CARLOS. No; pero convencido de lo necio de mis escrúpulos, ahora te ruego que vuelvas á ponértele.

MAT. No, ya es tarde. Seguramente no llegaríamos ya antes de que se retire el embajador.

CARLOS Caramba; (Mirando su reloj.) eso es verdad. Y mi objeto principal que era...

MAT. Pues si no tienes ya interés, prefiero que acabemos la velada en casa.

CARLOS Si eso te agrada...

MAT. ¿Lo dudas? Ah; pero con una condición; no, dos.

CARLOS Aceptadas. ¿Cuáles son?

MAT. La primera, que terminará la velada mejor que la hemos empezado.

CARLOS Desde luego. (Mostrándose cariñoso.)

MAT. Y segunda, y muy importante, que has de llevarme el jueves al baile de la de Luna, y estrenaré mi traje.

CARLOS Te lo prometo; y te aseguro que se me va á figurar que falta un siglo de aquí al jueves.

MAT. Bien. Voy á ponerme mi bata. (Muy contenta se dirige á su gabinete.)

CARLOS Y yo mi batín. (Lo mismo.)

MAT. Espera. (Deteniéndole y llevándole al proscenio de la mano.—Al público.)

Ustedes serán testigos
de lo pactado;
y, *El vestido de baile*,
¿les ha gustado?

TELÓN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.